

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario (31-07-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, Jesús continúa su camino Jerusalén y, en este camino, el Evangelio de Lucas (12, 13-21) resalta las distintas problemáticas, situaciones, problemas, dificultades complejas de este mundo hebreo en donde se debatían algunos asuntos que tenían que esclarecerse. Una persona de este camino se le acerca, entonces, para que Jesús solucione un problema muy concreto: hay una herencia que está en juego y hay un hermano que, al parecer, no quiere compartir con el otro la herencia; y quiere que el Señor lo resuelva.

Muchas veces existen entre nosotros problemas de este tipo, y pensamos que el Señor tiene que resolverlo y no nosotros, sin discernimiento de las cosas que están en juego. Por eso, el Señor se coloca distante, no de nosotros, sino de las soluciones que inventamos nosotros, y lo hace para ir al fondo de las cosas.

“¿Quién me ha nombrado juez o árbitro entre ustedes?”. El Señor rechaza ese tipo de intervenciones muy puntillosas, muy prácticas, porque esa es responsabilidad nuestra. Y ¿cuál es la responsabilidad del Señor? ¿Quién lo nombró al Señor y de qué lo nombraron al Señor? Ayer recordábamos que, justamente, este texto tiene mucha relación con el momento final de Jesús en donde Pilatos le pregunta: “luego, ¿Tú eres rey?”, y le responde: “Sí, para eso he venido, para dar testimonio de la Verdad y todo el que es de la Verdad, escucha mi voz”. Jesús se coloca, no fuera de la historia, pero su Reino no es un Reino para gobernar directamente, para solucionar inmediatamente las cosas, sino para inspirar el principio que las motiva y que debe reordenar esa historia desordenada.

Por eso, hoy día es muy importante lo que estamos viviendo, esta retoma de las “Fraternas”, del sentido profundo de su camino comunitario en María de la Reconciliación, para, justamente, ir a los principios fundamentales de la fundación de la fe cristiana, no de cualquier fundación; y viendo si realmente lo vivido está en la línea de Jesús o no. Y este espíritu que ustedes han tenido durante estos años (Fraternidad Mariana de la Reconciliación), de meditar hondamente cuál es el sentido de todo lo que estamos haciendo, ha llegado a un cumplimiento bastante bien logrado.

Cuando nos apuramos excesivamente por solucionar inmediatamente las cosas, nos desesperamos en soluciones que están dentro de nuestro horizonte; esto que llama hoy día San Pablo (Col 3, 1-5. 9-11): *el horizonte de lo terreno*, que siempre está limitado por la muerte, porque somos limitados y nosotros tenemos que orientarnos -como dice San Pablo - *hacia las cosas del cielo* ¿Por qué? Porque el ser humano, según nuestra fe, ha sido creado para amar, como el que lo creó, y para descansar, finalmente, en el amor pleno que está más allá de la historia, pero también tiene que vivirse en la historia. Y por eso, aquí hay un ejemplo que pone Jesús para ayudarnos a ir a lo fundamental. El Señor le responde: “Guárdense de toda clase de codicia”, que estaba detrás del tema inmediatista de la devolución o la compartición, o de la participación en una herencia. Hay un problema de codicia, hay un problema de que alguien quiere ambicionar, poseer ilimitadamente no solo riquezas, también conquistar la felicidad, y genera una situación terrible, caótica, que el Señor luego va a explicar, pero que se adelanta cuando dice que por más rico que uno sea, la vida no depende de los bienes, es decir, la vida depende, ante todo y sobre todo, del amor, de los valores, de aquellas cosas sutiles que parece que no existen porque

están escondidas, pero que están presentes contundentemente en cada problema, en cada situación; y que revelan, a través de la práctica concreta, cuánto de valor hay presente, y cuanto de ese valor vivimos o rechazamos.

Por eso, hoy día, vamos a reflexionar qué cosa pasa con este hombre rico de la Parábola que les pone como ejemplo. Lo primero es que ese hombre rico tuvo una gran cosecha y se puso a pensar: “¿qué haré?, no tengo dónde almacenar la cosecha”; entonces, dice: “derribaré **mis** graneros y construiré otros, también **míos**, más grandes; y almacenaré ahí todo el grano y el resto de **mi** cosecha”. La vida de esta persona está marcada, definitivamente, por un crecimiento en donde **los otros no interesan**. ¡**Mis** graneros!, dice el hombre rico. “Entonces, **me diré a mí** mismo: hombre, tienes bienes acumulados para muchos años, descansa, come, bebe y date la buena vida”.

El texto original dice “dijo **a su alma**”, es decir, “**alma mía, date placeres, ahora ya puedes disfrutar**”. En un comentario muy interesante de ese texto se señala que el Señor no ha puesto “a mi alma” como compañera, sino “a una mujer”. Dios los creó varón y mujer, y este hombre rico ni siquiera dice “con mi mujer lo gastaré”, porque ha obviado cualquier relación, solo piensa en **su alma, es él mismo**, es **un narciso** que cree que de ahí, de su absoluta soledad egoísta, se puede derivar la felicidad.

Hoy día tenemos grupos e instituciones en la sociedad, grupos e instituciones en la iglesia, que solamente piensan en sí mismos, y que, por lo tanto, limitan su horizonte a lo menudo e inmediato, sin pensar en la trascendencia, extra-histórica, más allá en el Señor, en Dios, e intra-histórica, en todos los pobres que pueden necesitar el alimento de esos graneros para ser compartido con ellos; de tal manera que crecen, se inflan, ésa es la imagen del rico epulón, un plutócrata, una persona que solamente se enriquece, se

engorda cada vez más y, en un momento... ¡estalla! Y por eso, el Señor le llama a este personaje “necio”; y al final, Dios le dice: “necio, esta misma noche se te quitará el alma. ¿Lo que has acumulado... ¿para quién será?”.

Esta vida absurda la estamos repitiendo cada vez que constituimos grupos que tienen características corruptas, mafiosas. En el caso concreto de lo que está pasando en nuestro país, sigue siendo un problema vigente y viral en toda la sociedad y en todos los sectores, evidentemente, especialmente, en aquellos ambientes en donde hay dirección. ¿Por qué razón? Porque la dirección permite tomar decisiones en las cuales uno puede “sacar su parte” y encubrirse, además, por ser autoridad. ¡Y eso sucede en todas las autoridades! No estoy hablando solamente de las autoridades políticas – aunque, sobre todo, las políticas - pero también en la cultura, en el comercio, en las empresas, en la Iglesia; y eso es lo que carcome al ser humano, porque pierde el sentido de las cosas y, al perder, evidentemente, pierde el sentido de Dios... ¡no tiene límites! Es más, recurre a Dios para encubrir su corrupción y, por lo tanto, usa a Dios. Por eso, la frase, la sentencia final... “así sucede al que amontona riquezas para sí mismo, y no es rico a los ojos de Dios”.

Ser rico ante los ojos de Dios es cuando yo tengo algo, lo comparto, y si tengo muchísimo, todo es para compartir. Y la felicidad está en eso, en que el amor de Dios en la historia se desarrolle y se plasme con plenitud, con alegría, para que las personas puedan resolver sus problemas, para que haya salud, para que el hambre se termine. Pero aquí, en nuestra vida cotidiana, no se es rico ante los ojos de Dios de esta manera, se es rico usando a Dios: y eso lo hemos visto en cosas terribles que han acontecido a la Iglesia y siguen existiendo aquí, en el Vaticano y en otras partes; en donde algunas personas, en nombre de Dios, roban, maltratan,

destruyen, usan, y se creen santísimos; y nos puede corresponder a cada uno de nosotros si vamos en esa línea. No estamos exentos de caer en la tentación de la codicia; y les digo eso, es muy fuerte porque, las redes, cuando se hacen de tipo corrupto, siempre tratan de implicar, inclusive, al que no lo es, para que caiga y, así, entonces, no tenga derecho a decir su palabra, la Palabra del Señor; y así, se ahoga la Palabra y se crea un sistema de complicidades.

Aquí ya no nos habla de esas consecuencias, pero cuando el Señor dice: “¿para quién serán sus bienes?”, ya nos insinúa de que se ha multiplicado el sistema de corrupción y de codicia. No es ese el camino, hermanas de la Fraternidad Mariana de la Reconciliación que ustedes han tomado en este capítulo que han hecho, en este encuentro de tantos días y en todos estos años de reflexión.

Quisiera agradecer a Luciane Urban, que ha aceptado ser la nueva superiora general; y a Alejandra Keen von Wuthenau, que ha dejado el cargo después de muchos años de trabajo. Estamos alegres porque un camino nuevo, con una intencionalidad profunda de servir al Señor y servir a los pobres, entra en ustedes: la Fraternidad mariana de la reconciliación... **Fraternidad:** “Fratelli” tutti!, todos somos hermanos y hermanas. **Mariana:** la María servidora que recordábamos el 28 de julio, que sale a servir, se levanta y corre a servir y ayudar a la Isabel parturienta y anciana por tres meses enteros, como el samaritano; y de la **Reconciliación**, que no se opone a la liberación justa y necesaria que Dios nos trae, de los pobres, de todas sus opresiones y sus males, sino que implica, sobre todo, el que nunca lo hacemos violentamente contra nadie, sino que nos hermanamos, anunciamos el Evangelio y, desde lo más profundo, hacemos que todas las sociedades, todos los seres humanos, inclusive, los ricos como Zaqueo, abran su corazón y se conviertan al compartir gratuito y generoso que

es lo que hace posible que el mundo viva y se acabe el caos terrible.

Hermanas, hermanos, especialmente, hermanas de la Fraternidad Mariana de la Reconciliación, que el Señor las siga bendiciendo, y ustedes sean bendición para todo nuestro pueblo el día de hoy. Muchas gracias por su camino, su ejemplo, por su constancia, por su bondad. Que juntos podamos hacer mejor esta Iglesia, para que no haya duda de que Jesús está viviendo en esta tierra, y seguirá resucitando en medio de nosotros, hasta encontrarnos con Él definitivamente en su Reino.